

## X.

### HONESTIDAD INTELECTUAL: ¡NADA DE NEUTRALIDAD!

La opción por la honestidad intelectual es, en definitiva, un caso particular del compromiso con la honestidad en todos los terrenos. Si uno comienza engañando en cuestiones intelectuales, es muy fácil que termine engañando en cualquier otro asunto, y viceversa. El amor a la verdad es como un faro orientador de toda la vida. Si se rechaza su luz, podemos comenzar engañando sabiendo que estamos engañando, y después terminar engañándonos a nosotros mismos, porque a nadie le gusta vivir en la mentira. Por eso, si iniciamos una andadura filosófica, la condición fundamental es el amor a la verdad. No se trata ya de la opción entre la confianza en la capacidad de alcanzar la verdad y el escepticismo, aunque ciertamente es poco coherente proclamar el amor a la verdad cuando no se cree en ella, y es frecuente que un escepticismo socarrón y pragmatista vaya unido a diversas formas de rehuir las exigencias que el amor a la verdad comporta. No se trata tampoco, sólo, de optar por la verdad y contra la mentira y el engaño, aunque con esta opción se relaciona más la que ahora propongo: una actitud vital de honestidad intelectual. Es compatible con equivocarse; en verdad, los seres humanos somos falibles, y no tiene nada de extraño, ni es siempre moralmente malo, equivocarse. Por supuesto, en sí mismo es malo equivocarse, porque el error aleja de la verdad, y, si alguno se equivoca, es bueno que lo ayudemos a salir de su error, porque la verdad enriquece; pero, como somos seres falibles, en un cierto sentido no es malo equivocarse: si hacemos un esfuerzo de honestidad intelectual, si nos arriesgamos a pensar por nuestra cuenta, si buscamos las respuestas que son verdaderas, en ese proceso podemos dar pasos en falso y aprender de los errores, y eso es bueno: buscar, hallar, fallar, rectificar. Eso no es deshonesto. Lo deshonesto es pretender que uno nunca se equivoca, o hacer algo que uno sabe que está mal, pero que, por conveniencia, porque satisface mis placeres o mi utilidad o el bramido de la opinión pública, quiero revestir de la apariencia de lo bueno. Esa es la hipocresía.

La hipocresía no es, como pretenden algunos, tener altos ideales y equivocarse. Eso no es hipocresía. Si yo no niego el ideal, y ocasionalmente o

aun con frecuencia no lo alcanzo, no soy un hipócrita, sino una persona débil. Y así somos todos los seres humanos. Si no vivir a la altura de los propios ideales fuera hipocresía, nadie debería tener ideales. Como dice un poeta chileno, José Miguel Ibáñez: “Ningún cristiano vive a la altura de las Bienaventuranzas / qué horror qué hipócritas pero qué doble standard / piensan de una manera y viven de otra / en cambio tú unitario tú coherente / tú nunca serás hipócrita porque vives / y piensas como una rata”.<sup>113</sup> Si uno tiene los ideales de una rata, qué sencillo es vivir coherentemente con ellos. Claro está: vive uno una vida perfectamente coherente... ¡pero vive como una rata!

La honestidad intelectual, pues, apunta a esos ideales altos, reconociendo sinceramente que a veces fallamos. No es compatible, en cambio, transformar el ideal a la medida de las propias debilidades; eso sí que es deshonesto. Lo realmente hipócrita es obrar mal —conforme al baremo de la rata—, y pretender que eso es el gran ideal, la altura a la que la humanidad debería llegar. La hipocresía consiste, precisamente, en hacer aparecer lo malo como bueno —el vicio como virtud—; de manera que hipócritas son, más bien, quienes articulan todo tipo de doctrinas e ideologías para coexistir como virtuosas sus propias pasiones y sus vicios.

La honestidad intelectual tiene otra consecuencia: *seguir la verdad adonde quiera que nos lleve*, como suele decirse. Este seguimiento exige una valentía especial. A quienes han asumido la opción de ser ciudadanos activos, preocupados por el bien común, y no meros átomos de una masa manipulable,<sup>114</sup> seguir la verdad adonde quiera que los lleve, tal como cada uno la advierte, les conducirá necesariamente a chocar con quienes promueven de mala fe, agitados por pasiones y por ideologías perversas, la mentira, el engaño y la injusticia, ciertamente; pero también —esto es más doloroso y desconcertante— con otros ciudadanos honestos, y aun con amigos de buena fe, que defienden, estimándolo como bueno y justo, lo que aquellos, tantas veces tras madura reflexión, juzgan falso, dañino o peligroso. En ese caso, y con todo respeto, habrá que chocar. Incluso, a veces, habrán de enfrentarse unos con otros a pesar del afecto recíproco en el plano personal, porque serán *enemigos públicos* quienes, en el plano privado, sean personas cercanas, parientes o amigos personales. Naturalmente, es difícil conservar una amistad con quien promueve el mal, y nunca puede ser equivalente esa amistad cívica a

---

<sup>113</sup> Ibáñez Langlois, José Miguel, “Hipócrita”, en *Poemas dogmáticos II*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994, p. 175.

<sup>114</sup> Cfr. *supra* cap. VIII.

la amistad más profunda fundada en la justicia y en las virtudes. No obstante, la caridad cristiana se extiende a todas las personas, aun a aquellas con quienes se traban conflictos aparentemente insolubles.

Un caso histórico paradigmático es el de un famoso “servidor leal” de Enrique VIII de Inglaterra. A pesar de la distancia entre el rey y su súbdito, habían sido, además, relativamente amigos. Cuando se suscitó “el gran asunto del rey” —el conflicto sobre su matrimonio con Catalina de Aragón, mujer santa que tenía como único defecto la incapacidad de darle hijos varones—, Enrique VIII pretendió negar la validez del matrimonio, y erigirse en cabeza de la Iglesia en Inglaterra, para poder así, mediante sus tribunales, declarar nulo su matrimonio. Ante esa situación contraria a la verdad, el Lord Canciller, Sir Tomás Moro, renunció a tan alto cargo y se recluyó en su vida privada, no por falta de compromiso cívico, sino por extremada prudencia y comprensible temor a perder, literalmente, la cabeza. Su pérdida comenzó, no obstante sus precauciones, no cuando le hicieron un juicio inicuo, sino mucho antes, cuando Enrique VIII se casó por segunda vez, conforme a las sentencias de esa Iglesia a cuya cabeza se había puesto. Tomás Moro *se negó a asistir a esa boda*, porque en conciencia no podía cohabitar, mediante una presencia que significaba asentimiento, la legitimidad del segundo enlace y la inválida anulación del primero. Moro no dijo nada: no criticó; no habló; simplemente, se negó a asistir. Siguió la verdad adonde quiera que lo llevara, con la esperanza de que no lo llevase a la muerte. De hecho, usó todos los trucos que un buen abogado usaría para evadir la pena capital, sin buen resultado, como sabemos.<sup>115</sup>

El Papa de la época, Julio II, podría haber hecho sus cálculos: “Si le anulo este matrimonio al rey, me evito un cisma”. No actuó así. Los expertos canonistas examinaron todos los aspectos del asunto, por si podía ser nulo el matrimonio, ¡y no lo era! El Papa no lo declaró nulo, aun arriesgándose al cisma. Seguir la verdad adonde sea que nos lleve, defender la verdad aunque nos cueste la vida: ¡esa es la gran opción! Sin esa opción filosófica de fondo, que es una resolución moral con consecuencias en la vida personal y en la vida política, no se puede hacer buena filosofía. Por eso, mi invitación a la *sabiduría filosófica* es también la defensa de una filosofía que, con limitaciones y oscuridades, ofrece un elenco de verdades fundamentales, adquiri-

---

<sup>115</sup> Cfr. Ackroyd, Peter, *Tomás Moro*, trad. de Angels Gimeno-Balonwu, Madrid, Edhasa, 2004, p. 511; y Corral, Hernán, “Tomás Moro: un abogado para todas las horas”, en varios autores, *Jorge Iván Hübner Gallo. Estudios en su homenaje*, Santiago, Universidad del Desarrollo, 2007, pp. 99-159.

das durante casi tres milenios. Este libro es elemental; se apoya en síntesis más perfectas del pensamiento tradicional —las cito en la bibliografía final—, y no es, ni pretende ser, una introducción erudita y neutral a todas las filosofías. La honestidad intelectual me exige declararme no neutral, por el género de esta obra. No se me malentienda: nada tengo que objetar a otros géneros literarios y filosóficos, que no sean una invitación tan personal.

En la Universidad de Chile, que cumple la insustituible misión de las universidades estatales —reunir la diversidad de posiciones representadas en la sociedad y permitirles confrontarse de manera civilizada—, he impartido varias veces un curso electivo: “Introducción al derecho natural”. A los estudiantes suelo decirles:

Ustedes me conocen. Me han invitado porque saben cómo pienso. Sería muy raro que pretendiera pasar como *profesor neutral*. Voy a defender una tradición filosófica, y ustedes, los que no estén de acuerdo, pueden atacarla, defender sus posiciones, poner a prueba los argumentos. Tal es la actitud correcta ante la busca sincera de la verdad, la actitud socrática.

Análogamente, aunque con mayor razón, he defendido mi *no neutralidad filosófica* en las universidades de identidad católica, que cumplen la insustituible misión —fuera del alcance de las universidades estatales— de ofrecer a la sociedad el enfoque específico de una visión científica, humanística y filosófica, iluminada por la fe. En la Universidad Católica y en la Universidad de los Andes (Chile), donde he enseñado, así como en otras universidades de identidad católica, no es un profesor aislado quien asume una tradición filosófica, sino que es la corporación en su conjunto la que alimenta y transmite la *tradición de la filosofía cristiana* y una *filosofía del ser*, que el realismo de la fe presupone. Gran variedad de autores confluye en esta gran corriente de filosofías compatibles con la fe. La Iglesia católica no canoniza ninguna de ellas —no tiene una “filosofía oficial”—,<sup>116</sup> aunque destaca el modelo y los principios fundamentales de santo Tomás de Aquino.<sup>117</sup> Algunas verdades y actitudes filosóficas fundamentales son patrimonio común de todas esas orientaciones compatibles con la luz de la fe: el realismo metafísico y la confianza en la capacidad de la razón para conocer la verdad con certeza —sin desconocer sus limitaciones—, la existencia y los atributos esenciales de Dios, el carácter creado y dependiente del universo,

<sup>116</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, n. 76.

<sup>117</sup> Cfr. *ibidem*, nn. 43-44 y 78.

una visión del hombre como criatura y como persona corpóreo-espiritual, su inmortalidad y su destino trascendente, la defensa de los principios éticos fundamentales (*i.e.*, la ley natural), etcétera. Sé por experiencia que a algunos estudiantes —no en la Universidad de Chile, pues es lo que ellos precisamente esperan de su pluralismo interno, pero sí en las universidades de identidad católica— les ha molestado esta *parcialidad filosófica*. A ellos suelo decirles, con el afecto de quien les desea lo mejor y ha optado por la vida académica movido por una convicción íntima sobre el valor de la verdad y del servicio a las generaciones jóvenes, que asumo esa parcialidad totalmente a propósito, aunque a alguien le duela, porque *más vale una parcialidad declarada que una neutralidad ficticia*.

A Sócrates lo mataron por esto; a Jesucristo lo clavaron en una cruz. Salvando las distancias, a mí no me importa demasiado que algún lector o estudiante se moleste conmigo. Sé que mis escritos y mis cursos les van a venir bien a algunos; a otros, por mis deficiencias o por sus malas disposiciones —o por las dos cosas—, les van a caer mal, y van a salir un poco molestos. Algunos van a ser pragmatistas: “Y esto, ¿para qué me sirve?”. Yo les explico que lo más digno *no sirve para nada*.<sup>118</sup> En cualquier caso, la parcialidad filosófica, que asumo y defiendo, es una consecuencia de la honestidad intelectual, que, gracias a Dios, también se halla en quienes asumen otras posiciones filosóficas. Después, más importante que la honestidad intelectual necesaria para tomarse en serio una invitación a la filosofía es la honestidad necesaria para vivir toda la vida: ese amor a la verdad. Amar la verdad, promover la verdad, defender la verdad, y si, de vez en cuando, hay que pasarlo mal un rato, pues ¡a pasarlo mal! Con todo respeto hacia las personas que honestamente estén en desacuerdo, hemos de hacer ver el punto de vista que nos parece verdadero. Eso es lo que hizo Sócrates. Si lo hacemos nosotros, si esta última opción de honestidad intelectual está bien asumida, entonces, a mi parecer, incluso quienes tengan poca mentalidad filosófica, los que no destaquen precisamente por su capacidad de abstracción metafísica, pueden *pasárselo bien* con los desafíos que presenta el resto de este pequeño libro.

Las diez opciones fundamentales que he propuesto en estos primeros capítulos le dan sentido a los treinta restantes. Algunos temas parecerán áridos, porque exigen un esfuerzo de rigor mental —como las exigencias mínimas de la lógica—<sup>119</sup> o porque nos meten en profundidades para las que no

<sup>118</sup> Cfr. *supra* cap. II.

<sup>119</sup> Cfr. *infra* caps. XI-XVI.

siempre estamos preparados, en medio del tráfigo de la vida. ¿Quién piensa muy seguido, por ejemplo, en que se va a morir? ¡Vaya idea, que echa por tierra casi cualquier escepticismo! Al final, parece que alguna verdad no admite dudas; pero mejor no la recordemos tan a menudo.

¿Para qué sirve la filosofía? Para recordar que vamos a morir y no morirnos como perros, inconscientes y sin esperanza.